EL ALTO SIGNIFICADO DE LA FUNDACION DE LA UNIVERSIDAD INTERAMERICANA EN PANAMA

POR EL DR. L. S. ROWE

DIRECTOR GENERAL DE LA UNION PANAMERICANA

PAN AMERICAN UNION
COLUMBUS
MEMORIAL
LIBRARY
WASHINGTON, D. C., U. S. A.

EL ALTO SIGNIFICADO DE LA FUNDACION DE LA UNIVERSIDAD INTERAMERICANA EN PANAMA

Por el Dr. L. S. Rowe

Director General de la Unión Panamericana

Permitidme ante todo dar el más caluroso y cordial saludo en nombre de la Unión Panamericana a los eminentes delegados que se han congregado aquí en esta fecha solemne, y que aprovecho esta feliz oportunidad para expresarles el ferviente anhelo que anima nuestra institución de poder servirles en todo cuanto tienda a facilitar las importantes labores de esta asamblea.

Es muy justo que se le rinda un homenaje al gobierno de la República de Panamá por su gran acierto de convocar esta importante conferencia educativa en medio de una sangrienta guerra en la cual las instituciones y la vida misma de las repúblicas americanas se ven amenazadas por uno de los peligros más graves que registran los anales de su historia de naciones independientes. Es en verdad un cuadro muy inspirador, un cuadro que hace palpitar con emoción el corazón de todo verdadero americano, el de ver congregados aquí a los Ministros de Educación de las naciones de América resueltos a mantener incólumes los valores espirituales por los cuales lucharon con tanto denuedo los egregios fundadores de nuestras nacionalidades y para cuya defensa estuvieron listos a sacrificar hasta sus propias vidas si era necesario.

Este hecho hace que la conferencia aquí reunida resalte como una de las más importantes entre las muchas de carácter panamericano que se han celebrado a través de los años. Si a esto agregamos el alto honor de hallarnos presentes en la apertura de la Universidad Interamericana, comprenderemos

a fondo la importancia trascendental de esta memorable ocasión.

En el verdadero sentido de la palabra, esta Universidad es la visible expresión de la unidad espiritual y moral de América. En el fragor de las inquietudes, del derramamiento de sangre y de los odios que ha engendrado la terrible lucha en que hoy nos hallamos comprometidos, el ejemplo de las naciones americanas se destaca como el faro luminoso al cual deben encaminarse las relaciones internacionales si es que deseamos alcanzar una meta que pueda llamarse de paz y seguridad perdurables.

Cabe a esta histórica ciudad el alto honor de haber sido la sede donde en 1826 el insigne Libertador Simón Bolívar, con su previsora y profética visión, sentó los cimientos sobre que se ha edificado paulatinamente el sistema interamericano. Si bien es cierto que la senda no ha sido fácil, ya que ha estado sembrada de dificultades y de no pocos desalientos, la meta final no se ha perdido nunca de vista.

Es erróneo suponer que el desarrollo del sistema interamericano se deba únicamente a condiciones geográficas o a cualesquiera otros elementos puramente físicos. En efecto, no está por demás recordar que las naciones de América pudieron fácilmente haberse convertido en el escenario de la rivalidad europea, y que en varias ocasiones corrieron ese peligro. Si tal cosa hubiera acontecido, habríamos visto sin duda en nuestro continente repetirse la misma lucha para apoderarse de territorio que ocasionó la desmembración del Africa. De igual manera, si el intento de Napoleón III de establecer un imperio en México hubiera tenido éxito, habríamos presenciado otras tentativas semejantes de gobiernos europeos en otras regiones de nuestro hemisferio.

La seguridad del Hemisferio Occidental en el siglo XIX y el siglo XX descansa en el hecho de que sus gobiernos y pueblos se han dado cuenta cabal de que únicamente mediante la cooperación, la ayuda mutua y la unidad de política es que pueden labrarse su propio destino. Este profundo convencimiento alcanzó su más alta expresión en las Conferencias de Montevideo, de Buenos Aires y de Lima, reunidos en 1933, 1936 y 1938, respectivamente, y complementadas por las históricas Reuniones de los Ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas Americanas celebradas en Panamá en 1939, en la Habana en 1940 y en Río de Janeiro en 1942.

Es de suma importancia que en los difíciles años que tenemos por delante, las naciones de América den impulso a las medidas tan notables que se han tomado en los últimos tiempos en pro de la solidaridad interamericana. Mas no podemos abrigar esperanzas de que esto pueda hacerse a menos que los principios fundamentales de la cooperación interamericana estén basados en una opinión pública inteligente y convencida. Esto es precisamente lo que da a esta reunión de los Ministros de Educación de las Repúblicas Americanas una importancia capital. Todos debemos estar convencidos de que la consolidación de la paz dependerá en gran parte de la clase de enseñanza que se ofrezca en las escuelas a las generaciones del porvenir.

Recuerdo como si fuera ayer una notable reunión de educadores que se verificó al terminarse la primera guerra mundial. Una opinión que mereció aprobación unánime fué esta expresada por el primer orador:

> "La única Liga de Naciones que ofrece las garantías de una paz perdurable es la liga que los maestros del mundo entero habrán de escribir en la mente y en el corazón de los niños."

En esa reunión se abrigaron las más fervientes esperanzas de que las escuelas del país como centros de enseñanzas de la juventud serían los que contribuirían más poderosamente a la preservación de una paz duradera.

Merece que nos preguntemos con franqueza si los diferentes aspectos de la educación han estado al alcance de lo que se esperaba con tanta confianza cuando finalizó la última guerra.

Quizá fuera demasiado lo que esperábamos de nuestro sistema educativo, mas lo cierto es que las grandes esperanzas que abrigáramos en 1919 no se han visto colmadas. Cabe por lo tanto preguntar: ¿cuáles son los cambios que convendría hacer para conseguir que la educación de la juventud pueda contribuir con la parte que le corresponde a un mundo mejor, a un mundo en que la paz y la seguridad constituyan la regla mas bien que la excepción?

El más importante de estos cambios quizás sea el de que la enseñanza de la historia debe hacerse menos nacionalista. Sin tratar en lo más mínimo de apartarse de la verdad de los hechos, lo que este cambio implica es únicamente el reconocimiento de que la interdependencia en las relaciones internacionales es un rasgo característico de los tiempos modernos. A los estudiantes debe enseñárseles que la prosperidad nacional no se consigue a expensas de los demás, y que la experiencia de los últimos veinte años ha demostrado que el bienestar nacional está íntimamente ligado a la prosperidad universal.

El segundo punto es el de que en la enseñanza escolar se deben tratar de suprimir todos aquellos prejuicios raciales que tanto se prestan a mantener vivos los antagonismos internacionales.

Mucho debe hacerse también para incrementar el intercambio de estudiantes, con el fin de imprimir a las generaciones venideras un punto de vista

internacional y hacerlos apreciar en lo que valen la cultura y la civilización de sus hermanos en las demás repúblicas de América.

Todos estos cambios tan deseados señalan el importante papel que le corresponderá a la Universidad Interamericana desempeñar en el mundo de la post guerra. Ella se destacará como un símbolo de ese espíritu de cooperación y ayuda mutuas que ha constituído uno de los aportes más valiosos de América a la civilización moderna. Por demás está añadir que en el desempeño de su importante misión este centro docente puede contar a todo momento con la entusiasta y constante cooperación de la Unión Panamericana.